

EL CRITICON : El cementerio.

Todos estamos de acuerdo en que "polvo somos y en polvo nos convertiremos". Y en Santibáñez esto parece más cierto que en ningún otro sitio : No sólo los muertos se convierten en polvo, sino que "deben estar hechos polvo" (permítaseme esta expresión; dicha, eso sí, con todos los respetos y con la mejor de las intenciones).

Si un forestero llegara al pueblo por primera vez y, teniendo intención de ir al cementerio, preguntara en "El Rincón" (pongamos por caso) dónde puede encontrarlo, y quien le responde tiene prisa porque le está periendo la vece o le toca el agua (un suponer) y lo despacha con un rápido : "Esté en el otro barrio; cerca de la majada", el visitante, que ha cruzado el río de las escuelas a las Llamacinas, no sabría, una vez en ellas, si encaminarse a derecha o a izquierda. Después de un momento de reflexión, decidiría que la majada sería el edificio con tejado y el cementerio el vallado irregular.

A medida que se acercara pensaría, teniendo en cuenta lo extraño de lo que estaba viendo, si no sería la gente de este pueblo innovadora y cuidadosa en extremo y el cementerio sería el otro recinto cubierto; pero al mirar hacia allá creerá ver un perro, así que terminaría de subir el inexplicable terreplén y, después de abrir el candado con la llave que le habrían prestado, empujaría con todas sus fuerzas la oxidada puerta cinco o seis veces hasta que por fin se abriera.

Nuestro paciente amigo avanzaría dos pasos y se detendría perplejo: La vegetación se elevaba por encima de su cabeza y no podía saber donde se encontraba. Vería a sus espaldas una pared de piedra sin encalar y pensaría de nuevo en la majada, pero como no se oían ruidos animales se asomaría, rascándose el chichón de la cabeza, a estropear su flamante traje subiéndose al muro, intentando esta segunda vez fijarse mejor en qué piedra ponía la mano.

Una vez arriba, a nuestro temerario aventurero le invadirían ideas confusas y contradictorias. Vamos a ver : Aquello no parecía una majada y, teniendo en cuenta que unas tumbas miraban al norte y otras al sur, que estaban dispuestas de modo asimétrico y que en muchas zonas no había pesillos, estaba comenzando a pensar si no se encontraría en un almacén de algunos marmolerías. Pero, fijándose bien, observaría que asomaba entre los arbustos la punta de una cruz de hierro y esa sería la pista con la que se cercioraría de que estaba en un cementerio.

Al fin, una cierta paz se le dibujaría en el rostro al pensar en las preocupaciones infundadas de algunos ciudadanos por la progresiva desaparición de las selvas vírgenes como la amazónica, ya que él tendría por seguro que era más rápida la formación de ésta nueva que él contemplaba, con vegetación de todos los tamaños y variedades que se extendía por las pronunciadas irregularidades del terreno, principio de toda una orografía de montes y barrancos.

Probablemente, no sabríamos más de nuestro sufrido y admirado amigo. Quizás se perdiera en el laberinto vegetal; tal vez algún animal fabuloso que surgiera de la maraña acabaría con él; puede ser que lo tragara alguna sima; o lo peor se agotaría por el esfuerzo realizado. O, simplemente, tanta desidia, abandono, desorden y desprecio mezclados con tanta ostentación de mármol producirían una impresión irremediablemente mortal.

Ya lo decía Bécquer: "Dios mío, ¡qué solos se quedan los muertos!".